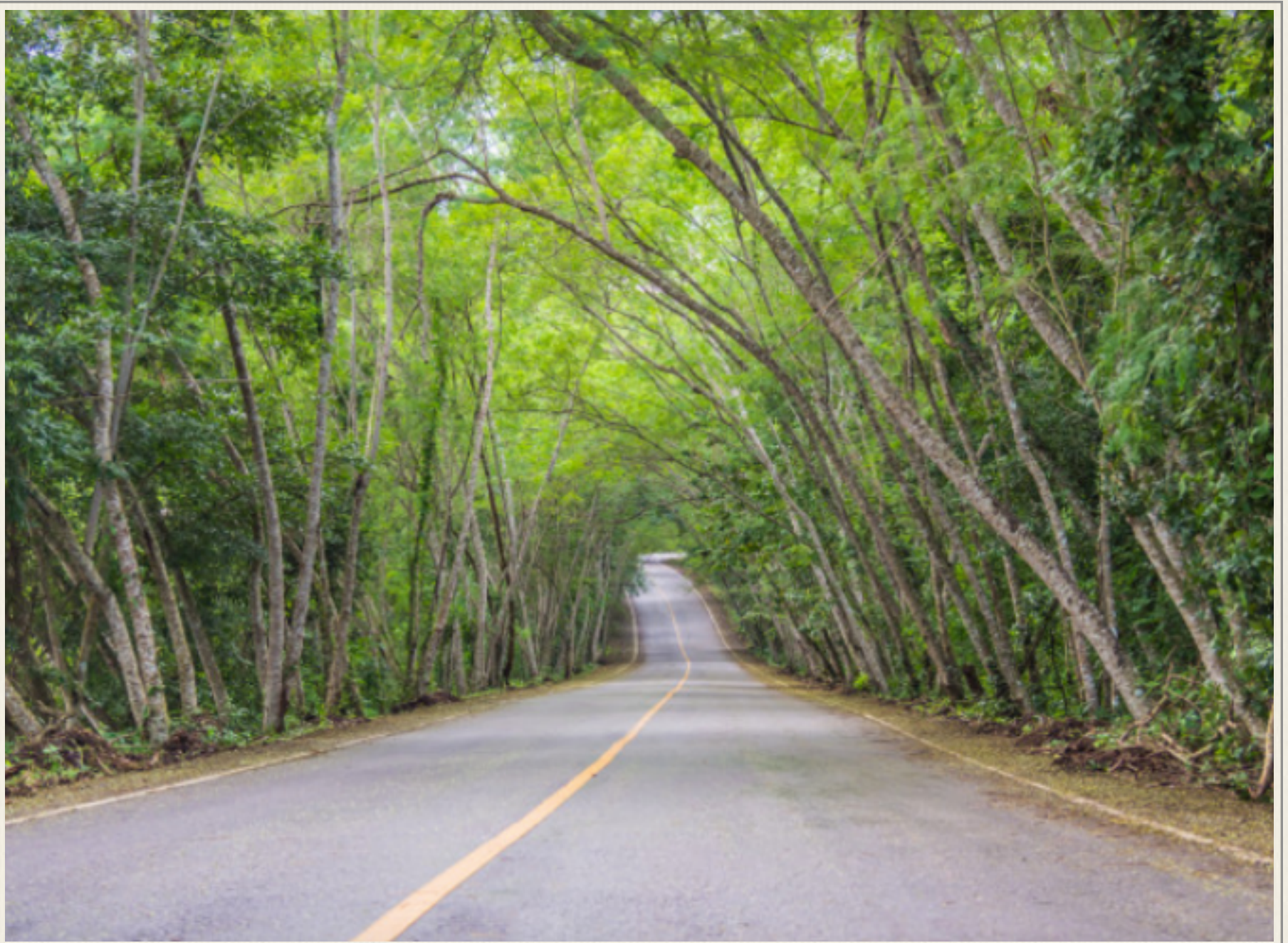




El callejón del encantamiento



ALICIA CEBOLLADA





El Callejón del Encantamiento

Hace unos días tuve la dicha de encontrarme a través de las redes sociales con Belisa, amiga de alma que conocí hace cincuenta y ocho años. Cuando las dos estábamos en los comienzos de nuestras nupcias. Con una existencia por delante, el cuerpo en sazón para dar vida sin cansancio, los brazos abiertos para la amistad verdadera. Nos conocimos y no nos separamos nunca más, nuestras almas tenían un hilo invisible que unía sueños, alegrías, sufrimientos. Siempre estábamos pendientes una de otra aunque estuviéramos a un sin fin de kilómetros de distancia.

Cuando digo "encontrarme" significa esos momentos en los que todo fluye, que te emocionas, hablas de tiempos pasados, quieres saber del otro con alma, vida y voluntad. Por unos mensajes de voz la sentí tan cerquita, tan cerquita como cuando estábamos sentadas en una calle del Limón en la puerta de su casa, hablando de los hijos, de nuestros anhelos o de una simple receta de cocina. Y en esos instantes rememoramos aquellos años sesenta y tantos, cuando recorríamos el callejón con alegría juvenil. Y le prometí: "voy a escribir de aquellos días Belisa, para sellar esta amistad que llenó mi vida para siempre. Porque llegaste en un momento donde yo estaba abierta para recibir y tu manera de vivir era dando. Y me diste mucho, hermana elegida."

Así que ahora lo haré para ti, contando de mi vida, (porque es la que conozco a plenitud), pero ensartada alrededor de ti, de Gerardo, de los amigos que convivimos en El Callejón del Encantamiento, como lo llamaré de ahora en adelante.

Boda y vida

Al acostarme el 31 de agosto del año 1962, me acomodé el cabello con una redecilla negra, suavemente, con cuidado, intentando que el gracioso arreglo, que me había hecho esa tarde, en manos de expertas peluqueras, se maltratara lo menos posible.

El día siguiente a las 9 de la mañana se celebraba mi matrimonio y deseaba que mi peinado estuviera perfecto. Era un moño o rodete en la parte alta de la cabeza, para que lo ciñera una corona de sutiles flores, hechas con diminutas perlas falsas, de la que salía un abundante y vaporoso tul. No sería tan difícil si lograba no moverme demasiado en mi sueño. Intenté relajarme, pero pensar que era mi última noche de soltera, los ajetreos, emociones de los últimos días y la realidad de que los padres de José Antonio no asistirían a nuestra boda, todo ese maremágnum de danzarines pensamientos hicieron que el evocado sueño demorara en llegar.

Ese fue un triste pleito entre José Antonio y sus padres que no tuvo ganadores, solo perdedores. Él estuvo solo sin su familia el importante día de su boda y sus padres lo debieron de vivir muy tristes. Apesadumbrados al otro lado del Atlántico.

Y tanto el padre como el hijo hicieron lo que se habían propuesto. José Antonio les anunció la fecha en que se iba a casar y Don Antonio le dijo "qué lástima, nosotros nos iremos de viaje esos días". Ninguno torció su implacable voluntad.

Sus padres tenían cierta razón. Temían que su hijo no terminara los estudios, estaba en tercer año de ingeniería agronómica. En realidad no fueron desacuerdos por fecha, ellos querían evitar el matrimonio en esos momentos. Por otro lado nosotros nos habíamos prometido que no íbamos a renunciar a nuestros deseos, así se opusieran por ambas partes. Yo, Alicia, estaba más tranquila, sabía que los míos quizás tampoco estuvieran tan de acuerdo, pero tenía fe de que ellos nos iban a acompañar. José Antonio cumplió su palabra y aún sin la deseada

aceptación de sus padres, nos casamos. Nos creíamos verdaderos protagonistas de novela, peleando contra el mundo.

Tampoco se cumplieron los malos presagios, al regresar ellos del viaje olvidaron sus enfados y seguimos la vida con el acompañamiento de los padres del novio y de los míos. Además en el tiempo correcto José Antonio terminó su carrera.

Me levanté al día siguiente contenta, el cabello estaba presentable. Mi madre me ayudó a vestir y a poner el fino tocado en el perfecto y laborioso rodete.

El día primero del mes de septiembre del año 1962, estaba yo lista a las 8 y media de la mañana esperando en mi casa a Tomás Gunz, un amigo de José Antonio, que me llevaría a la Iglesia de la Chiquinquirá en la urbanización de La Florida en Caracas.

Venía con un flamante y distinguido automóvil que su padre prometió prestarle para este fin. Estaba vestido con un liqui-liqui blanco con mancuernas de oro y traía un delicado ramillete de pequeñas y preciosas orquídeas cultivadas en la casa de su papá. Todo perfecto.

A pesar de la falta de sus padres fue un día festivo, donde familiares y amigos nos acompañaron. Tuvimos una celebración sencilla, después de comprometernos ante Dios de cuidarnos y amarnos hasta los últimos días de nuestras vidas.

Pasamos nuestra luna de miel en una bonita casa prestada en Tarma, un pequeño pueblo del estado Miranda, que si bien está en la montaña, bajando casi abruptamente, en pocos kilómetros aparece nuestro resplandeciente mar Caribe. Así vivimos los días idílicos paseando por caminos montañosos y dándonos excelentes baños de mar además de todos los abrazos y besos que nos dió la gana. Éramos marido y mujer.

Querétaro 20 de julio de 2020

Belisa querida, estoy viviendo momentos un tanto difíciles aun cuando todavía son gratos y amables, porque tengo interés y gusto por lo que me rodea. Cumplí mis ochenta años en México, aquí me trajo la vida hace tres, en un exilio que no pedí pero que estaba obligada a hacer.

Abandoné mi Venezuela amada, país que igual que éste en el que vivo, me acogió en otro exilio cuando contaba dieciséis años y llegaba con mi familia huyendo de una España paupérrima y en depresión. Abracé ese como mío, en él residí sesenta y uno, toda una vida. Ahora intento rehacerla de nuevo en México con el que siento una empatía natural.

Dejo de escribir y me levanto para hacer una pequeña caminata, aprovecho y riego las plantas de la terraza, entre ellas hay dos trinitarias (aquí la llaman "buganvilia"), ya me voy acostumbrando a las denominaciones diferentes, no solo de plantas sino de muchas otras cosas. Estoy pasando un tiempo en Querétaro en casa de mi hija Sonia.

Maracay, ay!

En Maracay José Antonio estudiaba y tenía su trabajo. Llevaba viviendo ya tres años. Nos habíamos conocido uno antes en Caracas. Resultado, cuatro de noviazgo. Nadaba y estudiaba, así mismo, era más deportista que estudiante. Por lo tanto perdió ese año haciendo un primero de ingeniería química que nunca lo entusiasmó. Era nadador de la selección nacional, esto lo tenía muy ocupado. Cuando nos hicimos novios decidió dejar la natación y estudiar con firmeza pues si no, no lograría graduarse nunca. Fue un buen signo de madurez, yo no intervine para que él tomara esa decisión. La carrera que lo emocionó desde que conoció la facultad, fue Agronomía. Como vivía en Caracas, tuvo que hacer el movimiento de una mudanza, que no agradó a su papá tampoco, pero que significaban crecimiento e independencia.

Llegué de repente a esa desconocida ciudad, a su mundo, a mis veintidós años llena de ilusiones, contenta e inocente. Comenzaba una aventura fuera del hogar seguro en el que había transcurrido todo mi tiempo anterior.

Vivimos dieciocho meses en una sencilla casa que alquilamos en el pueblo del Limón en las afueras de Maracay.

También allí residía mi hermana Estrella con su esposo Sergio, médico con poco tiempo de graduado, estaba trabajando en el hospital de esa ciudad. Se habían casado ese mismo año unos meses antes que nosotros. Esto fue como agua clara y fresca para mi en esos momentos, los veía casi todos los días. Por eso buscamos vivienda cerca de ellos.

La casita la habíamos pintado y preparado con mucho entusiasmo un mes antes. Nos acompañó en todo Paulina, familiar cercano de José Antonio. Medimos ventanas y puertas para ponerle unas alegres cortinas, que mi mamá como buena costurera nos haría. Al calcular la tela que se necesitaba, utilizamos un sencillo centímetro de uso casero que su largura tiene metro y medio, pero que al hacer las anotaciones de rigor, cada vez que hacíamos la primera medida en nuestras notas poníamos un metro y sumábamos el resto. Cuatro ventanas y dos puertas. Así le llevamos las medidas a mi madre que compró una linda tela de acuerdo a mi gusto. Las cosió con el esmero que ponía a todo lo que salía de su máquina de coser. Llegamos felices el siguiente fin de semana a instalarlas para terminar con ellas la preparación de nuestro primer hogar. ¡Cuál sería la desagradable sorpresa cuando a todas las piezas le faltaba medio metro! el que habíamos olvidado por descuido en nuestras notas. Era desconcertante ver toda esa cantidad de cortinas ridículamente cortas. Me puse a llorar con frustrante desesperación, pues no sabía cómo solucionarlo. Habíamos gastado el dinero (que no nos sobraba) y no teníamos ni una cortina útil. Llegué desconsolada con el montón de tela considerándola inservible, mi mamá que a todo le encontraba remiendo me dijo: "No te preocupes mañana voy a ver si queda tela en la tienda, las arreglaré poniendo la faltante e intentaré que las costuras se

noten lo menos posible, haré un buen trabajo, que esto no te quite la alegría. Comienzas una vida donde las equivocaciones y la capacidad de repararlas van a formar parte de ella, esta no tiene mucha importancia. Solo son cortinas".

Con el tiempo olvidé todo, en especial cuando otros problemas de mayor envergadura hacían presencia, entonces entendí la sentencia de mi madre.

Querétaro 28 de julio de 2020

Dejé mi casa y habito las de mis hijos. Paseamos José Antonio y yo por sus vidas ordenadas con los años y aunque sé que creamos alboroto, también el vivir con ellos nos sirve de mutua compañía ya de despedida. Nuestro domicilio fijo es en Ciudad de México, en casa de Aliana, pero estamos pequeñas temporadas en Querétaro con Sonia y en Miami con Milagros y con sus respectivas familias. Tomás Alberto se quedó en Venezuela, allí es más difícil regresar. Muchas contrariedades por su sistema político, que fue la causa de nuestra huida. Pero llegará el momento, si aun tenemos vida, que pisaremos ese suelo querido, ideal en nuestros sueños.

Belisa escribo esto con un impulso especial. Cuando lo hago temo que esta fuerza se puede escapar de repente. Solo deseo poder llevarlo a su fin.

Mi Limón, mi limonero

La casa tenía un buen patio interno, donde un árbol de naranjas y otro de lechosa nos daban sus frutos. Había una pequeña puerta de hierro que bajando, por una ligera pendiente, pasaba un riachuelo de agua limpia y clara que me parecía completar el lugar idílico.

El Limón está cerquita de Maracay, de la Universidad, de donde muy temprano, daba clases de natación José Antonio antes de comenzar las suyas como estudiante.

Nuestras entradas económicas en esos momentos las lograba él trabajando arduamente. Era profesor de natación en la Escuela de Aviación militar, daba clases particulares a niños y jóvenes y ganó por concurso en la universidad una preparaduría en la cátedra de Edafología, esto le proporcionaba un dinero pero también tenía que hacer un trabajo muy especial y delicado. Todo lo realizaba contento, a pesar de que era fuerte, agotador. Yo me dedicaba, como se decía entonces, "al hogar", en principio me sobraba el tiempo. Como quedé embarazada a los dos meses, con un molesto proceso de náuseas continuas. que arrojaba todo lo que entraba en mi estómago, no era muy útil.

Fuí entrando a la vida que José Antonio ya tenía de largo tiempo y conocí amigos y lugares que él frecuentaba, algunos de la universidad, o del Movimiento Universitario Católico donde hasta entonces había sido muy activo.

La vivienda ya con sus cortinas reparadas quedó grata, acogedora, era mi orgullo. Como poca gente venía a visitarnos, no se desarreglaba, siempre estaba en completo orden. De vez en cuando acudían compañeros de la universidad y estudiaban hasta tarde. Nos visitaba con más frecuencia Tomás Gunz. También Perez Sanchez muy amigo, que por aquél entonces empezaba a desertar de sus estudios.

Con anterioridad a José Antonio lo habían expulsado de la residencia estudiantil porque compró un coche. Se suponía que tenía dinero, no necesitaba la ayuda de una residencia, que era preferencial para los más necesitados. Entonces se encontró de pronto en la calle e incluso una noche le tocó dormir en el vehículo. Fue Pérez Sánchez quien lo ayudó y lo llevó con él. Su papá trabajaba en la fábrica de agua El Castaño, allí mismo vivían los dos. Lo invitaron a estar con ellos mientras encontraba un lugar adecuado. Me contaba lo emocionante que había sido para él esa corta convivencia. El papá les hacía el desayuno. Todos los días sin

excepción les cocinaba avena, me decía que esta se podía cortar con cuchillo por lo espesa. Le sabía deliciosa y cálida ya que no tenía costumbre de ver a un padre ocuparse de estos menesteres. También en el mismo lugar estaba el extraordinario manantial de agua que brotaba caliente. Después de todo el proceso sanitario de varias galerías, salían precintados los botellones. Entonces llegaba el resto del líquido a una pequeña piscina cubierta donde podían darse un delicioso baño de agua caldeada, considerando que en El Limón en las mañanas tempranas, hacía bastante frío. Desayunados, relajados, contentos estaban listos para ir a la universidad. Por todo esto y porque se llevaban muy bien estudiando, Perez Sanchez fue un amigo entrañable, que por desgracia, se casó siendo estudiante, mas no logró graduarse. En ese momento José Antonio no trabajaba aún en la Escuela de Aviación.

Nunca llegué a conocer bien la ciudad a pesar de que entonces era muy pequeña. Jamás la caminé por mi cuenta, siempre fui en vehículo a hacer compras acompañada de alguien. Me movía entre el Limón, la Universidad, Cagua y las carreteras que salían a la autopista.

En Maracay pasaba algo muy peculiar. Casi todas las personas que conocí estaban relacionadas de alguna manera con la Escuela de Aviación Militar. Cuando sobrevolaba por la ciudad un helicóptero, era una señal que le hacían al cuerpo castrense, tenían que acuartelarse o estar presentes para algo específico. Las mujeres que eran esposas, novias o madres de militares de diferentes grados, conocían perfectamente esas señales. Se iban rápido para sus casas, tendrían cambios de rutina por unos días. Cuando se daba ese llamado de recogimiento de todos a la base, ignoraban el tiempo que iba a durar, presentían problemas políticos. Esto se daba con frecuencia, eran tiempos movidos.

Querétaro 30 de julio de 2020

José Antonio mi compañero, desertó de este mundo hace unos años, se perdió por los caminos de la memoria y el olvido. Transita una doble vida. Su cuerpo me acompaña con constancia pero la energía, la manera de enfrentar la existencia en estos momentos de dificultades físicas por el peso de los años, terminó con su escapada. Me dejó sola en coyunturas difíciles, tengo que aprender de nuevo a caminar sin su compañía, tan útil en lo concreto, en lo cotidiano. Tan compañero en las dificultades.

Pero así es como me toca, las contrariedades se presentan de repente, hay que enfrentarlas sin lamentos. Son la incógnita de nuestro caminar. Sé que tengo toda tu comprensión, amiga. No existen doctorados ni "adivinas" que nos aseguren paz completa en la existencia. De ti aprendí a confiar en el Dios de la vida. A saber ponerme en sus manos en los momentos difíciles, de aprietos.

Belisa, en estos momentos paso parte de la pandemia del covid19 en Querétaro, una ciudad preciosa con mucha vida e historia, con hermosísima arquitectura e iglesias testimoniales de los tiempos de la colonia. La estoy disfrutando mucho, no ahora por supuesto, todos estamos dentro de las casas protegiéndonos, sino de otras tantas anteriores que he paseado por sus calles, por sus plazas y he disfrutado de su alegre y colorido folclore.

Niños, gatos y perritos

En diciembre de ese mismo año, mi hermana dio a luz a su primer hijo, mi primer sobrino Sergio. Él sonriente y plácido se abandonaba en las manos inexpertas de su madre y su tía. Lo bañaba siempre que tenía ocasión mientras mi abdomen seguía creciendo. Feliz con la niña que se gestaba en mí, mientras disfrutaba de aquella criatura preciosa que era mi sobrino con el cual jugué, lo cargaba y cambiaba de pañal como si fuera un muñeco delicado.

Estando embarazada, por el patio llegó una gata con la barriga llena de retoños maullando de manera lastimera. Le puse leche con pedacitos de pan. Se lo comió con avidez regresando al día siguiente. Yo le servía su comida, comía, luego se marchaba. A mi me daba ternura al verla en tal estado, la sentía compañera de circunstancias. De pronto un día no llegó, ni al otro, parecía que no venía más. Y días más tarde a la hora de siempre apareció con un gatito colgando de su boca que puso delante de mí en el suelo. Busqué trapos, cobijas, mientras tanto llegó con otro. De nuevo me lo entregó colocándolo al lado de su hermano. Cuando los acomodaba juntos para que se dieran calor, apareció con el tercero, siguiendo hasta completar el cuarteto. Luego cuando la cama estuvo lista se metió con ellos, siguiendo el proceso de amamantar a sus hijos. Entendí el mensaje, los cuidé a todos, fui viendo su crecimiento disfrutando de la belleza de una manada de pequeños gatos juguetones. Hermosos con sus barrigas rosadas y su piel suave y brillante. La mamá era libre como las nubes. Se fue cuando consideró que los había cuidado suficiente. Cuando tuvieron capacidad de independizarse me quedé con uno de sus hijos, el resto los fuí donando en aquellas casas que querían tener un minino.

Meses más tarde me tocó a mí el alumbramiento. Llegó Aliana preciosa, de buen tamaño y conmovedora, con una cabellera oscura tan abundante que cada día podía hacerle un peinado distinto. Fue bautizada en Caracas en la misma iglesia en la que nos habíamos casado. A Ernesto Fuchsberger, gran amigo de José Antonio compañero de universidad, le pedimos que apadrinara a nuestra pequeña. Él se alegró e imaginamos que eso abría las puertas a una amistad más profunda y de por vida, pero circunstancias extrañas para nosotros propiciaron una lenta separación que culminó en el abandono de sus estudios y nuestros caminos tomaron rutas distintas.

Pasados los años, cuando su ahijada era adolescente, quiso buscarlo. Hicimos contacto para propiciar una entrevista entre padrino y ahijada, él tenía un viaje de vacaciones a la Isla de Margarita. Allí por desgracia tuvo

un accidente de coche que le segó la vida antes de que este encuentro se diera. Era joven, nos dio un profundo dolor, habíamos imaginado un acercamiento especial por tanto cariño que nos habíamos tenido. Pero el infortunio se adelantó al encuentro.

También quisimos tener un perrito. Así que dimos la voz. Pronto nos llegó un cachorro metido en una una caja de cartón, al cual veíamos dormir, arrobados, como si de un niño se tratara. Le pusimos de nombre Negus. Aunque no tenía pedigrí, su color negro con unas leves pintas marrones, su mirada pícara y sus orejas alertas nos tenía cautivados.

Vivimos su edad de cachorro con las respectivas travesuras, alguna de ellas un poco onerosas. Lo dejábamos en el patio cuando salíamos de la casa, estaba cubierto una parte con un juego de estar de mimbre y él se quedaba tranquilo allí en nuestras salidas. Pero un día dejamos tendidas para su secado, seis camisas nuevas de José Antonio. Al llegar vimos la cuerda plástica que hacía de tendedor tumbaba en el suelo, las camisas regadas. El desastre me hizo pensar con cierta molestia que tenía que lavarlas de nuevo, pero no fue eso lo peor, jugó con ellas, había mordido todos los botones con su respectivos pedazo de tela. También mordisqueadas, dañadas las puntas de todos los cuellos. Totalmente perdidas las seis camisas. Mi mamá, la costurera mágica, hizo milagros, pero siempre fueron unas camisas remendadas, no obtuvieron toda la calidad de la "construcción" de las cortinas.

Tuvimos las visitas de los abuelos. Todos curiosos por ver a sus hijos jugando a la vida en pareja. Nosotros plenos, la pelea familiar había finalizado.

En esa vivienda el primer día que llegamos ya casados, de noche, en silencio, con las luces del coche apagadas, con vergüenza de que nos viera algún vecino de los que aún no conocíamos, José Antonio me cargó en brazos y así entramos a nuestra casa, cual película hollywoodense. Como también así transcurrió nuestro existir, en él hubo de todo, comedia y drama, felicidad y tristeza, llanto y regocijo.

Querétaro 1 de agosto de 2020

Es interesante este "escribir" recordando desde el día que José Antonio y yo comenzamos la vida en común y lo que nos toca en estos días presentes, transitando en esta espera, porque no solo se trata de lo que vivimos nosotros. Tenemos problemas mundiales que nos han obligado a hacer un alto en las tareas acostumbradas. Las actividades que tienen continuidad, han cambiado la manera de ejecutarlas. Caminamos momentos históricos que no son de felicidad, tenemos una pandemia mundial que nos afecta a todos por igual aun cuando cada país, cada individuo los viva con cierta autonomía, debido a que es algo tan novedoso que hasta los líderes sanitarios nos confunden con sus decisiones.

Esta crisis del covid-19, es una enfermedad seria, tiene una escala en su grado de malignidad de acuerdo a lo frágil de cada persona y esto nos hace aún más vulnerables, es una afección que no tiene cura, no tenemos la medicina o la vacuna que la evite, tiene que ser la misma resistencia del que la sufre que con sus defensas la supere y si no lo logra, fallece. Enfrentamos todos lo mismo y solo con el paso del tiempo sabremos con exactitud cuáles han sido sus totales consecuencias.

Dejo por momentos de escribir, me levanto, preparo la cafetera y me hago un delicioso "guayoyo", como decimos en Venezuela cuando es claro y suave, me sabe exquisito, me estimula y me da esa placidez que en estos finales de la existencia podemos llamar "felicidad".

El Callejón del Encantamiento

En el primer tiempo visitaba con frecuencia a mi hermana, pasábamos muchos momentos juntas. Me gustaba tenerla cerca de mí en esa vida tan diferente que estaba viviendo. Teníamos algo en común, las dos recién casadas lejos de nuestros padres.

Vivían en El Limón, un poquito más a las afueras, en un lugar en el que habían ido construyendo sus viviendas algunas familias que transcurrían su vida profesional en Maracay. Al visitar a mi hermana fui descubriendo a los vecinos, varios matrimonios jóvenes con hijos pequeños.

Allí conocí a Gerardo y Belisa, que por fortuna, Dios los puso en mi vida. En ese momento tenían dos niñas, Silvia y Judith. Otro en camino, Gerardo José, que nació más o menos al mismo tiempo de mi Aliana. Luego seguirían creciendo como familia, llegó David, y más tarde Tahirí y Kiko

Gerardo, profesor de Biología en la Universidad era amigo de Sergio, ya se conocían, por eso quizás mis hermanos alquilaron cerca de ellos. No podía imaginar en ese momento la amistad que iba a surgir entre nosotras. Duraría el resto de nuestras vidas, aun cuando luego nuestra convivencia ya no fuera diaria. Sin embargo con el transcurso del tiempo nos encontramos en muchas oportunidades, ellos iban en familia a visitarnos allí donde vivíamos y nosotros con frecuencia regresábamos a ese lugar donde nos habíamos conocido. Y muchas citas eran en un lugar neutral, Caracas. Belisa y Gerardo son padrinos de bautizo de Milagros, nuestra hija. Tuvimos que darle un nombre a esa amistad tan fraterna. Ahora somos compadres.

Belisa fue para mi el conjunto de un todo, amiga, hermana, madre. Contaba con ella día y noche, igual para la enfermedad de una hija, para la manera de hacer una comida, o ver cómo reducía mis gastos para que mi economía hogareña fluyera bien. Fue consuelo de mis tristezas, maestra en mi incipiente maternidad, vecina amable y bondadosa. En su carro, con ella al volante, conocí la zona donde vivíamos. Íbamos a hacer la compra de la comida a los supermercados de Maracay, juntas buscábamos ofertas para con lo ahorrado comprarnos algún pyrex, jarra u objeto de cocina. Llegábamos a casa felices con la nueva adquisición. Fue en su hombro que lloré las enfermedades normales de mis hijas y ella me ayudaba diciendo que era pasajero, que lo íbamos a superar. Su casa

era mi lugar de reposo y descanso, allí podía ir cuando mis niñas eran muy pequeñas con la tranquilidad de que no molestaban. Fue en su totalidad amiga del alma. Cuando vivía lejos de ella y los problemas me agobiaban, la llamaba de larga distancia para solicitar sus rezos, le suplicaba que pidiera por lo que me aquejaba. Yo estaba segura que el Dios del Amor y la Misericordia la iba escuchar a ella más que a mí, por tanta bondad solidaria que tenía.

Por la carretera principal de El Limón estaba la entrada del callejón, aunque tenía su nombre propio, Calle Los Alpes, todos lo llamábamos así. Entrando a él, estaba la casa de Álvaro (profesor de Zootecnia) esposo de Conchita, pareja extraordinaria, con sus dos varones de siete y ocho años. Luego más tarde, la llegada de otro al que conocí de bebé.

Después, a la derecha, desembocaba una pequeña calle. En ella vivían Gerardo y Belisa. Un poco más arriba, con distancia, porque todas las casas tenían inmensos terrenos, estaba la vivienda de Sergio y mi hermana. Era pequeña comparándola con las otras. Le daba una belleza especial el jardín inmenso rodeado de floridos setos, con grandes árboles de mangas y aguacates.

Al frente María Elena y Felipe (profesor de Producción Animal en la Facultad) vecinos especiales, con cinco hijos. El mayor tendría unos ocho o nueve años como máximo, más tarde les nacería un sexto. En ese momento eran dos niñas y tres varones.

María Elena era muy joven, tenía una historia que a mi me parecía de novela, Nacida en Costa Rica, sus padres vivían en Estados Unidos exiliados políticos. Felipe estaba estudiando en una universidad de USA. Él tenía su novia en Venezuela esperando su llegada para casarse, pero se encontraron María Elena y Felipe y los astros cambiaron todos los planes. Él al regresar volvió con su título y una esposa. Como era muy niña pasó un tiempo difícil. Llegó a un mundo hostil donde toda la familia de él estaba en desacuerdo con esa unión. Ella estuvo una muy larga temporada bastante sola, teniendo hijos sin nadie que la apoyara. Con el tiempo, como era una excelente persona, además simpatiquísima, se los

fue ganando. Cuando la conocí ya tenía buena relación con sus cuñadas y el resto de la familia.

Me contó que en una oportunidad fueron de visita a Costa Rica, ya sus padres libres de exilio. Estaba tan emocionada, feliz de estar con los suyos, verse apoyada con sus pequeños, que María Elena con su bicicleta de quinceañera recorría todos los días las calles de su ciudad, se sentía de nuevo una niña jugando con total despreocupación.

Es tan sosegada de carácter que un día la vi adornando una torta de cumpleaños haciendo filigranas con la manga de merengue, rodeada de todos sus hijos casi montados encima, mientras ella tranquila, despacio, no perdía el pulso ni dañaba el dibujo que hacía con finos movimientos. Los más pequeños, metían el dedo en el merengue, se lo ponían en la boca, volvían a insistir y no se inmutaba, seguía la decoración con infinita paciencia.

Un poco más arriba de la calle estaban Francisco y Bonnie. Él era Decano de la Facultad de Agronomía, daba clases de Entomología. Ella una mujer amorosa, encantadora, de nacionalidad china a la cual todos amábamos pues su bondad, su alegría, nadie podía ignorar. También con abundante descendencia, eran seis si mal no recuerdo, algunos ya adolescentes.

Luego Olga y Juan de Dios, profesor de Zoología en la universidad, pareja encantadora que también tenían una niña y un niño bastante pequeños.

Después Carlos Rosales y su esposa, un matrimonio grato, ameno que se mudó al mismo tiempo que nosotros. Tuvieron una bebita hermosa al poco tiempo de llegar.

Al final, por un camino un poco más largo y angosto había una granja de pollos de cría y gallinas ponedoras de la cual se abastecían los vecinos. Todo era bueno, fresco, pero por su culpa también había moscas en abundancia que eran la pelea continua de toda la comunidad. Por esa época comencé la costumbre de tener un implemento plástico a modo de

campana que ponía encima de cada plato al servir la mesa y mientras trabajaba en la cocina, para que nada pudiera ser tocado por las indeseables que podían meterse a la casa. Luego años más tarde, en las diferentes viviendas que tuvimos siempre poníamos tela metálica en puertas y ventanas.

Sucedió que Estrella y Sergio se fueron a los Estados Unidos por dos años. Él iba a un hospital de Baltimore a hacer un trabajo o pasantía. Cuando se estaban yendo acaba de nacer Sofía, su segunda hija. En el momento que viajaron tenía apenas dos meses. También yo estaba embarazada de nuevo, fue de Sonia mi segunda bebé.

El callejón era muy cálido tenía ese vecindario tan especial que no pudimos evitar la tentación de buscar la posibilidad de mudarnos a la vivienda que dejaban mis hermanos. Y sin estar dentro de nuestros planes, tomamos esa decisión de la cual siempre estuvimos satisfechos. Ese lugar fue el causante de que mi vida estuviera más plena. Afortunada con la compañía de todas esas personas que nos arroparon con un cariño único considerando que éramos jóvenes y teníamos estatus de estudiantes.

Si José Antonio se tenía que ir por todo el día, no le daba tiempo de venir a casa a almorzar porque unía estudio con trabajo, podía irse tranquilo, sabía que yo tendría ayuda, ante cualquier inconveniente. Significaba apoyo todo el día. Si alguien iba a comprar huevos a la granja, te buscaba para llevarte si acaso necesitabas, si no podías ir por los niños, ella se ocupaba de hacerte la compra. Si otra iba a resolver algo en Maracay, te avisaba por si tenias una necesidad y no tenías vehículo. La solidaridad estaba presente todo el tiempo, éramos como una gran familia. En verdad, era imposible salir sin carro de esa especie de pequeña montaña que era el callejón, pero nadie estábamos olvidada por las otras vecinas si planificabamos con tiempo nuestra actividad.

Durante la época vivida en la casa inicial me sentí bastante sola. José Antonio hacía esfuerzos, pues sabía que el día se me hacía largo y me entristecía pasar el tiempo con tanta soledad, yo que en Caracas ocupaba

todas mis horas con las compañeras de trabajo. Claro que tenía que aprender a vivir esta nueva manera, hacía esfuerzos, pero a veces llegaba él de la universidad y debía salir a dar clases privadas de natación o a estudiar con un grupo porque venían exámenes. Lo comprendía pero me invadía la aflicción, entonces él hacía lo imposible porque pasara la tarde más divertida. Me llevaba al tiempo de irse, a casa de mi hermana. Así que cuando llegué ya las amistades estaban hechas, esa mudanza era para mi un regalo.

Querétaro 3 de agosto de 2020

Pasé un tiempo algo deprimida. Después de mi llegada a México me costó un poco acostumbrarme al cambio de país, mezclaba la añoranza con la rabia y la tristeza. No fue mi decisión venir, pero tampoco era mi deseo quedarme al marcharse las dos hijas que allí en Venezuela eran mi sostén, mi ayuda. Pero salí pronto de mi aflicción, el viaje también era aventura. Yo me la estaba perdiendo si me dejaba llevar por la melancolía. Así que todos los días, aun con las dificultades para caminar, iba al parque cercano, que aquí los hay por montones muy hermosos. Paseaba con José Antonio por las nuevas calles, a veces me sentía en algún país diferente, uno latinoamericano. No sabía exactamente en cual. Era el cambio, la añoranza que te puede hacer ver todo torcido o distinto. Ese tiempo ya pasó, comencé a integrarme a alguna actividad, a salir de la casa, a disfrutar más de las comidas típicas, los variadisimos tamales, los tacos carnositos con salsas ricas, picantes y limón. Este cítrico y el aguacate en la gastronomía de México son los reyes, están en todo, de la misma forma que los chiles con su gran variedad .

Las iglesias son muy hermosas, siempre tengo alguna cerquita de donde vivimos, así que hasta esta enfermedad mundial, no me perdí la misa dominguera ni una sola vez. Eso me ha encantado.

La Guadalupana, Virgen adorada por los mexicanos es sorprendente. Funcional y bella la moderna Basílica, pero más hermosa aún la vieja que está al lado y que luce toda inclinada por un sismo.

Hoy no ha llovido, hace una agradable brisa, también hay un fuertísimo sol. El clima es de semi desierto, las noches son frescas, hasta frías. Hay vegetación variada. Los cactus son muy comunes.

Mientras escribo, José Antonio ve televisión y nuestra perrita Samba dormita en mis piernas.

Solidaridad al por mayor

Mientras todo sucedía, tampoco mi vida sentimental estaba del todo serena. Era como una noria, a veces estábamos arriba, todo era felicidad. Otras por cualquier simpleza estábamos abajo, todo era desdicha y lágrimas. Apenas teníamos veintitrés y veinticuatro años y en esos momentos donde todo para ambos había cambiado, no era tan sencillo ver lo verdaderamente importante y asumir las contrariedades con equilibrio y justeza. Entonces el llegar a una vecindad donde las mujeres tenían más experiencia, se daban cuenta de las nubes oscuras que pasaban por nosotros, eran capaces de ayudar con un consejo, con un apoyo que aligerara las tensiones, que nos hicieran ver que en el cielo no solo había azules intensos, diáfanas nubes y estrellas luminosas, también había tormentas y vientos desaforados.

Al poco de llegar al Callejón del Encantamiento, nació Sonia. Enseguida David, el cuarto niño de Gerardo y Belisa. Aliana cumplió su primer aniversario, lo celebramos con alegría, muy acompañados. Allí eran muy comunes estas celebraciones, abundaban los niños, siempre había uno que estaba cumpliendo, era la felicidad de todos nuestros pequeños.

Se hacían estas fiestas en los jardines de las casas, donde los cotillones, las golosinas, gelatinas y tortas no faltaban. Todos los

pequeños disfrutaban dando golpes a una inocente piñata que podía ser la imagen de cualquier personaje de fantasía.

Como Aliana era muy pequeña, no tenía figura preferida. Compré un cisne blanco del cual ella no disfrutó tanto, pero el resto de los niños sí, le dieron palos con gusto, hasta que el hermoso animal quedó convertido en un guiñapo y su interior lleno de dulces y pequeños juguetes cayeron por todas sus partes destrozadas. Los abuelos vinieron a gozar de la fiesta de su nieta, a quedarse a pasar el fin de semana. También estaban encantados con el lugar de nuestra nueva vivienda.

Tuve una visita deliciosa, mis compañeros y amigos, de la compañía donde yo trabajaba vinieron de visita en gran grupo a hacer una parrilla en mi casa. Fue un día feliz conversando con todos, comiendo sabroso, pasándolo bien. Yo como anfitriona enseñando todos los secretos del lugar. Llamó la atención el delicioso patio con sus mangas ricas y jugosas, que todos pudieron llevarse a la ciudad como recuerdo del estupendo día. Qué extraños son hoy todos esos recuerdos donde compartimos con personas tan queridas y en estos momentos ignorar qué ha sido de ellas, cómo se ha desarrollado su existir.

El doctor Troya y pediatra de Aliana y Sonia fue alguien muy importante en nuestras vidas. Ellas se enfermaron ese tiempo con bastante frecuencia. Entre las visitas por control, las imprevistas por fiebres, infecciones de garganta, eruptivas o problemas estomacales, su consultorio era visitado con muchísima frecuencia. Él, cosa que no voy a olvidar, no nos cobró la consulta nunca. "No mientras estés estudiando" le decía a José Antonio. Fue solidaridad absoluta la que recibí en ese tiempo. Esa que cuando la vives, te hace creer en el ser humano, en el amor, en el mundo, en todo lo que de positivo tenemos las personas. Cuando se graduó José Antonio lo primero que hicimos fue ir a comprarle un bonito regalo a este ángel de la guarda que tuvimos durante dos años. Pero con nada podíamos pagarle su manera de ser con nosotros. Cariñoso, competente, caritativo. Una persona llena de luz que tuvimos la suerte de tener cerca.

En una oportunidad que las niñas estaban con fiebre y José Antonio fuera de Maracay, Maria Elena se vino a dormir conmigo, dejando toda su prole al cuidado de Felipe, por si teníamos una emergencia en la noche. No olvidaré el cariño con que me preparó un cafecito mañanero, nos cuidó a las tres, y me tranquilizó con palabras de mamá veterana.

Querétaro 6 de agosto de 2020

Mis nietos con los que comparto en estos momentos, son adolescentes, los veo a veces pasar como bólidos a mi lado con la ligereza que dan los pocos años, con la frescura, la petulancia que todos tuvimos en algún momento. Me pregunto qué será de sus vidas de las cuales no podré disfrutar. Me conformo con mirarlos sanos e imaginar que serán personas de buen corazón, creativos, con la fuerza necesaria para vencer los obstáculos que la realidad de los años les presenten. Los pongo en manos de Dios, que Él los proteja, que los llene de luz en su vivir.

Transito momentos que supongo se parecen a los tuyos Belisa. Sé que no tengo la espiritualidad, la cercanía que tienes con el Dios bondadoso lleno de misericordia del cual yo siempre he carecido. Lo tengo porque tú me lo enseñaste, pero soy incapaz de guardarle la fidelidad necesaria. Camino a veces por lugares donde pareciera que Él no está, que se difumina, desaparece. Es mi fe tambaleante, árida, que no me abandona, con la cual ya me he acostumbrado a caminar.

Me levanto, me muevo por esta terraza que es la que me oxigena. Me apoyo en el muro y miro con intensidad y exactitud el paisaje que ya conozco. En él se dan pequeñas variantes. Tengo cerca de mí un árbol joven, frondoso, sembrado en el jardín de otra vivienda, de hojas oblongas, grandes. Los finales de sus ramas se llenan de brotes que cada día van reventando de uno en uno en notorias flores amarillas, cambiando a color anaranjado, luego a rojo profundo cuando se acerca su fin. Yo con la parsimonia de una anciana, vigilo sus nacimientos y

decesos. Me maravillo de la naturaleza tan sorprendente. Hoy veo con tristeza, como el frío precoz daña los últimos brotes que aparecieron en tiempos cálidos. Mueren sin llegar a su fin, se arrugan, desaparecen en oscuros tonos tristes.

Momentos rudos

Un día, ante una visita médica de Sonia con muy pocos meses, dejamos a Aliana al cuidado de María Elena con todos sus niños. Belisa tuvo algo que hacer, no pudo hacerse cargo de ella. Cuando llegué, encontré a Aliana vestida con ropa diferente a la que llevaba cuando la dejé en custodia. Hacía poco tiempo que empezaba a caminar, me dijeron que se había ensuciado, por eso le habían puesto una ropa prestada. A mi me extrañó más cuando vi que también le habían cambiado sus zapatos por otros. Ya caía la tarde, dando las gracias me fui a casa con mis dos niñas. Al llegar al portón, que tenía un largo camino de cemento, por el patio antes de llegar a la puerta de la vivienda, vi huellas de pequeños pasos impregnados de negro. En la mañana encontré que la carretera del callejón, estaba cubierta de un asfalto, con tierra por encima, como presionando fijando la calzada. Entendí enseguida. Aliana se escapó, había llegado a la puerta de nuestra casa, seguro que ellos la buscaron, la encontraron quizás llorando, sucio de asfalto el vestido, se había debido de caer o se había sentado en el suelo, por eso no llevaba nada de su ropa. Seguramente se asustaron muchísimo ya que nunca me contaron. Por primera vez sufrí por un hijo esa angustia terrible, aquello que podía haber pasado. Ella tan pequeña e indefensa, caminando por la calle, donde transitaban vehículos. Todo el piso con asfalto blando a juzgar por las marcas de sus zapatos en el cemento, de las manos en la puerta. Comprendí que eso podía pasarnos a cualquiera. Cuando se tienen niños pequeños, uno es consciente de que a veces los accidentes no suceden porque los ángeles de la guarda son demasiado cuidadosos. Nunca lo he olvidado. El vestido, el pañal, los zapatos desaparecieron.

Tampoco pregunté, sentía un nudo angustioso en el estómago sólo de pensar en lo sucedido.

En ese tiempo, a pesar de que las dos eran muy pequeñas yo leía con voracidad. En las mañanas ponía el corral a la entrada de la casa en una parte techada en la que no daba el sol, luego sacaba una cunita tropical armable muy cómoda. Metía a Sonia, una bebé de dos o tres meses, luego con Aliana paseaba por el gran patio-jardín de la casa, la hacía caminar un ratito. Después la ponía en su corral con juguetes mientras leía plácidamente con las dos a mi lado, sin peligro alguno.

Un día mientras armaba el corral en el porche para leer con ellas a mi lado, Aliana entró a la casa sin que yo lo advirtiera. Ella tenía un año y medio más o menos, estaba aprendiendo a subirse a los muebles ya caminaba con cierta seguridad. Rápidamente cerró la puerta, yo me quedé fuera, ella encerrada dentro con su hermanita ya preparada en la cuna plegable, por suerte dormida. Me desesperé por momentos, pues no tenía llaves fuera de la casa. La casa tenía ventanas basculantes en todo su alrededor, por las cuales yo no podía entrar. No sabía qué hacer. Le hablaba a través de los vidrios, ella se reía al verme, se marchaba a otro cuarto, yo la seguía por fuera para saber que nada le estaba pasando. En la sala empezó a subirse a los muebles, se bajaba e iba a la cunita de Sonia, se reía diciendo "nené". Corría por las ventanas una a una, sin saber qué hacer, no quería perderla de vista. Me daba cuenta que no solucionaba nada. Desesperada, salí a la carretera, crucé la calle buscando a María Elena. Las dos corriendo la vimos de nuevo, estaba bien pero podía ocurrirle un accidente en cualquier momento. Aliana toda generosa comenzó a lanzarle juguetes o lo que encontraba, a su hermana, yo asustada pensando que le iba a tirar dentro de la cuna cualquier cosa que podía dañarla. Efectivamente le echó un envase de plástico lleno de polvos de talco, pesado, que afortunadamente cayó entre las sábanas.

A María Elena se le ocurrió romper la puerta de la cocina, que daba a la parte trasera de la vivienda. Yo hablaría con Aliana para retenerla en lo

posible en uno de los cuartos, ella que era la más fuerte, empujaría golpeando fuertemente la puerta. Buscamos por el gran patio un objeto contundente. Conseguimos un largo tronco con el cual se podía golpear la puerta de madera, pero faltaba la fuerza de ambas para que tuviera algún efecto. Comenzando esta manera de proceder, al segundo o tercer golpe intenso, sin ningún resultado, apareció José Antonio en su volkswagen verde, que entre clases se le ocurrió venir rápidamente a casa a ver el estado de "sus tres mujeres", como decía él. Bendita ocurrencia, traía lógicamente llaves. Nunca su llegada fue tan deseada y bienvenida. Abrimos rápidamente sin resultados funestos, ya con las dos pequeñas, nos abrazamos contentos. Nunca entendí el por qué de esa llegada tan oportuna, jamás venía durante clases. Estoy segura que en mi desesperación lo llamé en mi interior mil veces. Siempre he creído en la transmisión de pensamiento. Agradecí inmensamente la solidaridad de Maria Elena, que me acompañó con su generosidad acostumbrada.

Querétaro 8 de agosto de 2020

No siempre amanezco alegre, con ganas de vivir, hay días que soy consciente de mi fragilidad, mi cansancio. No me importa que esa muerte esperada, mas no deseada, llegue, me apague, como es lo sano, lo normal. Es inexplicable cómo la vida tiene una fuerza instintiva que te hace estar en pie con valentía aunque tus huesos se resistan porque ya no tienen fuerza. Es como una negación a lo natural, es el desgaste de un cuerpo que de tanto vivir agotó su materia. Como un desafío admirable de la negación a una verdad lista para aparecer en el momento justo.

El sol y la brisa están de fiesta. Forman una alianza agradable, la recibo en pie, con alegría porque jamás la había disfrutado, sentido en mi piel, como en estos momentos. Como si tomara una bebida deliciosa, al finalizar la degusto lentamente, con placer, sintiendo en el paladar lo exquisito de aquello que se acaba.

Fiestas y locuras ¿a que no me conoces?

Las fiestas en el callejón era algo que se hacía casi por decreto. Todas teníamos niños pequeños, nuestra vida estaba totalmente ligada a ellos. Por lo tanto era difícil ir al cine o salir en una escapada con nuestra pareja, mucho menos poder tener una noche de rumba fuera de allí. Por eso en el callejón del encantamiento siempre había una fiestecita pendiente.

Recuerdo un cumpleaños de Judith que tuvimos salchichas a la parrilla, especiales, hechas por unos alemanes que vivían en un callejón paralelo. Deliciosas, acabábamos de descubrirlas. En esa fiesta fueron la estrella, no puedo olvidar la carita de Judith en la entrada de su casa comiéndose una, diciéndome admirada al verme llegar: "Alicia, estas son las salchichas". Ella era muy chiquita con una fuerte personalidad, estoy segura que tanto nos habría oído hablar de ellas, que al verme, saboreando una con gusto, me la presentaba.

Unos carnavales preparamos entre las mujeres una fiesta de disfraces. Nos íbamos a vestir todas exactamente iguales, con unas batolas azules y máscaras. Compramos unos cuantos metros de la misma tela. Elaboramos esas batas. Para ese día, también habíamos invitado a unas parejas amigas del grupo. Nos reunimos, nos vestimos con esos camisones grandes, largos hasta los pies, nos cubrimos el cabello, hicimos cambios de zapatos, con las máscaras idénticas. Antes de que entraran al salón, estábamos todas en línea, de frente. Ellos encontraron sorprendidos ese grupo de máscaras carnavalescas. Desde nuestra perspectiva era tan divertido verles la cara de confusión a cada uno, dándonos cuenta de que no nos conocían. Trataban de buscar detalles que les permitieran adivinar quién podía ser su pareja. Nos sacaban a bailar con mirada escudriñadora, desorientados, intentando encontrar algo que nos delatara. En realidad estaban desconcertados. Nosotras estábamos en vilo, esperando que nos reconocieran, pero no era tan fácil. El juego duró un buen rato, muy entretenido.

Así de sencillas, entre amigos eran nuestras fiestas y jaranas. Un inicio de vida de recién casada fuera de Caracas, de mi medio familiar. Tuve tanta suerte de tener toda esta compañía, sabía que con esas vecinas, amigas tan especiales, siempre ante algún problema tendría consuelo.

Las fiestas de Cruz de Mayo quedaban bonitas. Recuerdo una vez cuando estábamos embarazadas Belisa y yo. No pensábamos sino en comida, sabíamos que Olga prepararía unos deliciosos buñuelos de yuca con un rico melado, estábamos desesperadas por comer de todo, pero esperábamos esos buñuelos como el más exquisito manjar.

También llegó una muchacha a esa comunidad que era bailarina. Se empeñó en poner su granito de arena para hacernos la vida más grata. Comenzó a darnos unas clases de baile, en grupo, por la mañana temprano. Llegábamos con nuestros bebés, corrales, teteros para que se quedaran tranquilos y nosotras poder hacer los pasos, maromas, brincos, como nos decía la maestra. Ella insistía en el cuidado de nuestras figuras, en lo desestresante que era el mover nuestro cuerpo con libertad. Luego tomábamos café. La conversación amena nos daba alegría en nuestro día de amas de casa. Fue divertido mientras duró, siempre le estuve agradecida a la generosa bailarina, que si bien no resultamos unas alumnas magistrales, fueron muchas las risas al mirarnos unas a otras en esos intentos de danzarinas mañaneras.

También Belisa y yo, estando embarazadas, fuimos a un retiro espiritual que justo era todas las tardes después de la comida del mediodía. Nos daba vergüenza. El embarazo, el calor, la hora, nos ponía a dormir nada más sentarnos a escuchar al sacerdote en su charla.

En ese mismo tiempo nos ofrecimos para ayudar en la cocina de unos cursos que daban a unos grupos de comunidad. Las dos solo teníamos en nuestra mente el menú que había para ese día. Alucinante. Estábamos esperando la hora de nuestra comida como algo extraordinario. Teníamos razón, las chefs de la cocina eran unas matronas de Maracay que cocinaban exquisito. Nosotras como ayudantes estábamos aprendiendo,

pero el apetito exagerado que produce el embarazo nos hacía desear con fuerza el fin de la jornada, para recibir el regalo de nuestro almuerzo.

Querétaro 10 de agosto de 2020

Con el café mañanero en la mano, paseo por la terraza recibiendo el día que estamos estrenando. Anuncia bonito, hace un frío delicado, que pide llevar un suéter. Abrigada se disfruta más la belleza del comienzo de la jornada. Miro arriba todo limpio de nubes. El cielo de un color azul preciso e intenso en su tonalidad, me trae a la memoria los cielos decembrinos venezolanos encima de nuestro parque El Ávila. Al precisar esa imagen en mi pensamiento aparece con toda su majestuosidad, clarísimo, el cerro elegante matizado con una variedad de verdes. Brillante como queda bañado después de la lluvia. Olvido el cielo de diciembre, el de Querétaro y me sumerjo en ese soñar despierta de mi monte hermoso, delinear lentamente ... pico del Ávila... la Silla de Caracas, con suavidad toco en mi imaginación el pico Naiguatá. Despierto, el frío me hace entrar a la casa. Intento ponerme activa, que la añoranza no se apodere de mí y me incapacite todo el día.

Frente a frente

Un compañero, amigo de José Antonio, se iba a casar. Había construido una pequeña casita de soltero. Con unos planos adicionales que le había hecho su hermana arquitecta y algo de construcción se podía adicionar un cuarto mas una pequeña sala. Este amigo la construyó precisamente en un terreno que estaba frente a la casa de Gerardo y Belisa.

En toda esa zona el terreno era de la gobernación, se podía construir, si luego la vendías, se sabía que solo eras dueño de las bienhechurías. Años más tarde todas las construcciones tuvieron opción a compra de terreno.

Por motivos que ignoro, este amigo terminó la relación de repente. No hubo boda. Y como ya había terminado los estudios, decidió irse de Maracay poniendo en venta la casa.

Nosotros nos ilusionamos enseguida. Él no quería especular al venderla así que podía estar a nuestro alcance, nos faltaba un poco para la cuota inicial, pedimos ayuda a mis padres, logrando ser los compradores. Fue algo super emocionante, el lugar era precioso. Tener de vecinos a Belisa y Gerardo, todo un regalo. En poco tiempo estuvo lista. Pudimos mudarnos a una casa propia por pequeña que fuera. Fue una decisión maravillosa. Felicidad completa. Esto hizo que nuestra amistad creciera mucho más, esa cercanía motivó que mi vida fuera sensiblemente más fácil. Aunque todas las casas estaban cerca, los inmensos jardines, los patios que tenía cada vivienda, las alejaban bastante unas de otras.

No todo era entretenimiento en el callejón. El día era largo, con dos bebés que requerían atención todo el tiempo el cansancio estaba presente. Las horas se me hacían infinitas. Solo deseaba que llegara la noche, si tenía suerte y las niñas dormían bien, poder descansar. José Antonio también con un sin fin de trabajo para mantenernos a todos, además de cursar los estudios. Para él tampoco fue fácil, pasó de estudiar soltero, sin mayores compromisos a sentirse que era padre de familia, muchas obligaciones, trabajando ya no por entretenerse, sino por necesidad real y verdadera. Belisa para todo era mi paño de lágrimas.

En una ocasión se enfermaron simultáneamente las dos niñas. Aliana fue la primera que cayó con fiebre alta, la hospitalizaron para hidratarla, el pediatra me dijo que yo, sólo atendiendo a Sonia podía evitar la hospitalización. José Antonio pasó la noche con Aliana. Yo en casa con la pequeñita, muy asustada, aunque sabiendo que mis vecinos estaban a la orden para cualquier emergencia. Él tenía un examen al día siguiente, al cual no pudo asistir, pero con justificativo se lo aplazaron. Entendimos por qué sus padres no estaban de acuerdo con nuestro matrimonio. Uno no

comprende las dificultades hasta que las vive, pero nosotros tercos, obstinados, estábamos dispuestos a llegar al final.

En la nueva casa habíamos heredado una bella virgen de cemento, instalada debajo de un pequeño techo de madera, que estaba a la entrada del gran patio dando la bienvenida a los visitantes. Cuando la vi por primera vez imaginé futurizando, que ella nos iba a acompañar siempre durante nuestra vida de familia, ¡cuán equivocada estaba! pronto abandonaríamos esa vivienda. Fueron muchas en las que vivimos en el transcurso de nuestra larga, agitada vida. Tuvo que ser una virgen viajera la que nos siguió, nos cubrió con su manto, pues no nos abandonó la fortuna. Nuestra vida estuvo colmada de aventuras, nunca fue aburrida, claro que también vivimos contratiempos, problemas, de eso se compone la existencia, de saborear, de vivir todo lo que va surgiendo.

Sembré grama en la entrada del patio, combinándola con grandes piedras planas que indicaban la llegada a la entrada de la casa. Me entusiasmaba hacer estos trabajos en mis ratos libres, ponía a Aliana y Sonia en el corral para que me vieran, así nos divertíamos las tres. Los abuelos les regalaron una pequeña piscina inflable. Allí jugaban las dos en los ratos de calor. En esos momentos no me movía de su lado, el agua siempre me ha asustado con los niños pequeños.

En una ocasión estaba despierta a media noche, atendiendo unas de las tantas fiebres de las niñas. Salí a la puerta buscando el silencio nocturno, a la derecha de nuestra casa, mirando el perfecto cielo titilante, divisé con sorpresa una brillante estrella con larga cola, era hermosa, un cometa. Maravillada pasé la calle, desperté a Belisa para que viera el increíble espectáculo. Quedó tan admirada que nunca lo ha olvidado. Tanto así, que ella me lo contó como acabo de escribirlo. Porque sucedió que yo en mi pensamiento nebuloso lo tenía como un hermosísimo sueño. Años más tarde, un día Belisa me hizo este comentario: "Cómo te agradezco que me llamaras en aquella oportunidad para presenciar la grandiosidad del cometa que vimos como algo único". Yo le pregunté "¿Fue cierto entonces?" a mi se me grabó la visión como un sueño

extraordinario. En la época de niños pequeños, sobre todo cuando tienen fiebres recurrentes, se pasan muchas noches en vela, no hay descanso, atiendes a una cuando hay que comenzar con la otra, luego medio dormitas en el día despertando asustada pensando que estás desatendiendo a tus hijas. Seguro lo viví. Luego la actividad del día siguiente que debió de ser fuerte, me hizo archivar esa visión en la memoria como un sueño magnífico. Ahí quedó. Fue la voz de Belisa, años después, que como espectadora no olvidaba aquello que habíamos presenciado cual visión extraordinaria.

Vivir tan cerca de ellos fue algo de lo mejor que me ha sucedido en la vida. Más aún en esos momentos recién salida de la protección de mis padres, enfrentada a mi doble maternidad, al mantenimiento de una casa, a tener como compañero a un estudiante trabajador que, por fuerza mayor, pasaba el día fuera.

Con normalidad después del almuerzo hacían siesta las dos niñas, al despertarse nos arreglábamos, pasábamos a ver a Belisa. En su casa, nos íbamos a visitar otras amigas del callejón, nos reuníamos en el jardín de alguna vivienda con varios niños. Ellos jugaban mientras nosotras conversábamos. Era muy distinto a la vida del primer año cuando estaba fuera de este solidario grupo que se ayudaba, se hacía compañía en los tiempos de cuidar niños. Ahora el día para mí ya no era tan largo.

Nuestra convivencia de pareja en sus inicios no fue fácil. Eran tiempos distintos. Aun cuando llevábamos cuatro años de noviazgo no habíamos convivido solos nunca y de pronto tuvimos que sobrellevar embarazos, partos, junto con estudios apremiantes, trabajos responsables, cambios de vivienda, enfermedades de niños, con poco tiempo para el encuentro, el entretenimiento y la distracción.

Todos los fines de semana que era posible, porque no había exámenes de universidad u otras urgencias, viajábamos a Caracas. Allí recibíamos la ayuda de mis padres en el cuidado de las niñas, podíamos disfrutar juntos unas horas para ir al teatro o al cine. También en ocasiones de

aniversario, poder celebrar los dos solos saliendo de noche. Pero esto no era lo común, además también necesitábamos momentos para compartir con ellos.

Era más el tiempo que pasábamos lidiando con nuestras respectivas responsabilidades, que la oportunidad del encuentro fácil y tranquilo. Las noches podían ser agotadoras con lloros de bebés por cólicos o fiebres. Pero lo sobrellevamos, el hermoso vecindario del callejón nos ayudó en demasía.

José Antonio daba unas clases por la noche en Cagua, una ciudad que está a media hora de Maracay, en un club donde tenía un buen grupos de niños. Entonces, saliendo de sus últimas obligaciones en la universidad, llegaba a invitarme buscando nuestra compañía, así podíamos conversar, compartir un rato por la carretera. Yo me animaba, preparaba rápidamente la pañalera con las cosas necesarias, la cunita portátil, la silla de paseo. El viaje era divertido, la llegada al principio todo muy bien, pero él se metía a la piscina, como era lógico. Yo tenía que lidiar sola con los lloros de alguna de las dos o con los de las dos al mismo tiempo. Luego si llegaban mosquitos, como era muy común, preocupada porque no les picaran... al final me decía yo medio arrepentida "quién me manda salir de casa donde todo lo tengo controlado". Ya solo soñaba con el paso de las horas para que José Antonio terminara la clase, se despidiera de alumnos, mamás, como debía de ser, ellas eran las que nos daban la facilidad para que viviéramos una vida más holgada económicamente. Nada sencillo en verdad. Otro día cuando me invitaba de nuevo, volvía a caer en la tentación de tomar carretera... yo tampoco tenía las ideas muy claras.

También nuestros ajustes en la relación tenía sus infortunios. Nuestra edad. Éramos muy jóvenes y veníamos de familias funcionales, ese era nuestro espejo. Pretendíamos que todo caminara con suavidad, tanto nuestra vida de actividades, como nuestra relación de pareja y de pronto nos parecía que caíamos en un precipicio por cualquier simpleza o desatino.

No éramos fáciles, José Antonio muy activo, siempre resolviendo, para eso era algo especial. Pero no entendía el "por qué" de mis desencantos. Sucedió para mí, que no habíamos conversado lo suficiente y desmenuzado hasta lo más profundo algún problema o desencuentro. Yo podía agotarlo con mis reclamos. Él podía desquiciarme con sus silencios. Al final me decía sombrío "no hay más, Alicia, no tengo más que decir, soy así de simple". Me tenía paciencia, yo también a él. Los dos teníamos ideas fijas "esa relación iba a funcionar".

A mí me molestaba su elocuencia con los demás, él hablaba muchísimo, de fácil verbo, con una tendencia natural a ser cariñoso con los otros. Tenía una gran capacidad para hacer favores, enseguida hacia amigos, pero también era reclutador, asumía a los otros con facilidad para aquello que él estaba haciendo. Era una persona creativa que siempre llevaba un proyecto entre manos, listo para la acción. Yo por el contrario era muy parca, me costaba abrirme aun cuando las personas que acababa de conocer me cayeran bien. Si esta manera de ser mía molestaba a José Antonio, la verdad que nunca me lo decía, siempre me aceptó tal cual soy, no sé si fue así en su corazón, pero no me reclamaba. Yo sin embargo sí le hacía reclamos. Pienso que de eso abusé, pero también me tranquilizaba que no me tomaba muy en serio.

Nunca he sido una persona de rechazar a los otros de entrada. Aunque siempre me ha costado hacer amistades, no es el primer día que me entrego. Luego soy muy fiel, tengo gran capacidad para hacer relaciones profundas de largos años.

Con José Antonio aprendí a abrirme a los otros con más facilidad, no solo mi corazón, también mi casa, con su manera de ser mi hogar se fue volviendo "lugar de todos", cosa que yo no había aprendido en la mía. Siempre por muchos años tuvimos compañía de personas que estaban de paso o asumíamos a alguien por temporadas cuando había algún suceso que lo ameritaba. Esa parte siempre se la he agradecido. Creo que sin él hubiera sido una persona bastante solitaria.

Así fue. Aquí estamos a los ochenta años con una larga existencia compartida, claro que con golpes fuertes, dificultades, contratiempos, pero con logros, satisfacciones, alegrías. También con la conclusión de que es difícil la vida en pareja.

Éramos tan niños que un día paseando por la zona donde hacía unas clases prácticas de la carrera, encontramos en solitario absoluto, un parque infantil, con su tobogán, sube y baja, rueda, columpios. En el carro, el volkswagen que nos acompañó en esos años, siempre que salíamos los cuatro llevábamos una cuna portátil, silla o corral desarmable. Pusimos a nuestras pequeñas con completa seguridad, en un lugar que pudiéramos mirarlas sin problemas, Comenzamos los dos a lanzarnos del tobogán varias veces seguidas, risueños, dando gritos de algarabía, corriendo como enloquecidos, como hacen los niños. Luego a los columpios, seguido al sube y baja, así una, otra vez, como si tuviéramos guardada una energía que había que aprovechar. No se iba a repetir una ocasión parecida. Después de vivir esa tonta locura de euforia infantil, acudimos con rapidez a la fuente de nuestra responsabilidad, tomamos en brazos a nuestras hijas, fuimos a los columpios, cumpliendo nuestra obligación de padres, meciéndolas suavemente para obtener de ellas una sonrisa. Regresamos a casa felices, llenos de fortaleza. Divertidos por aquella espontánea extravagancia.

Querétaro 12 de agosto 2020

Hoy almorzamos así como si hubiéramos ido a una arepera de Las Mercedes, jugo de limón con papelón, arepas con un relleno único de aguacate, cebolla, pollo y mayonesa. Nuestra "reina pepeada". Las comimos en silencio, sin alusiones que nos movieran a la tristeza, más bien felicitando a la cocinera por lo ricas que estaban, nada más, aunque sé que Venezuela estaba dentro de nuestro pensamiento, quizás de una manera diferente en cada uno, no sé, porque no lo comprobamos.

Y recordé que el fin de semana pasado Sonia se metió a un grupo de internet de un cocinero mexicano que preparó un platillo muy típico, que se hace en una época concreta del año. Son "Chiles en nogada". Compró previamente los materiales que él había pedido. Allí estaban en línea varias personas preparando el platillo. Es muy delicioso, le quedó perfecto, tanto en su sabor como en la presentación. Es complicadillo, como pasa con las hallacas pues hay que poner algunos alimentos a macerar el día anterior. Así que me sentí equilibrada, un día de Venezuela, otro de México.

Es importante Belisa que no olvidemos nuestras raíces, que estemos muy pendientes de lo que allí sucede y lloremos de tristeza. Que tampoco perdamos las esperanzas, que nos deleitemos con su sazón. Pero es bueno que estemos agradecidos a este país que nos da la mano y nos acoge con cariño. Que también saboreemos su deliciosa comida con un verdadero esfuerzo de integración.

Estudiante distante

José Antonio era un estudiante normal, su mayor contratiempo donde se vio obligado a repetir materias fueron Estadística-1 y Estadística-2. No tengo claro si tuvo que volver a presentar las dos o si solo fue una. El resto en verdad le gustaba, nunca le oí decir que estaba arrepentido de haber estudiando Agronomía, con frecuencia daba ánimos a jóvenes, que tenían cierta vocación, que estudiaran su carrera porque él se sentía pleno, satisfecho. Siempre habló con entusiasmo de su Universidad. Tuvo mucho respeto por la profesionalidad de sus maestros. A pesar de que estudió en unos momentos políticos algo movidos que no faltaron frecuentes huelgas, perdió un año, pero eso fue antes de nuestro matrimonio.

Eran momentos que yo me alegraba, me sentía feliz cuando llegaba a Caracas entre disgustado y contento por el paro repentino. Eran días que

nos encontrábamos a la salida de mi trabajo e íbamos al club. Lo vivíamos como una fiesta.

Desde que comenzaron sus estudios nuestro noviazgo ya no era como el primer año que nos veíamos a diario. Cuando no tenía mucha presión venía a Caracas el fin de semana, pero si estaba de exámenes ya fueran parciales o finales, podía pasar quince días o un mes sin viajar. En esos momentos sus padres iban a visitarlo. El domingo en la mañana me pasaban buscando, para que también tuviéramos la oportunidad de estar juntos. Siempre les agradecí ese gesto, era un paseo magnífico. Si bien el momento lo vivíamos todos en grupo, pues iba Paulina, también su hermanita Milagros, que era una niña encantadora y nos alegraba el viaje a todos, no faltaba la oportunidad de encontrarnos en soledad, de hablar de nuestras carencias por vivir un noviazgo en la distancia.

La mamá de José Antonio llevaba todo lo necesario para un picnic. Salíamos de Maracay hacia el magnífico parque natural Henry Pittier. En alguna mesa del camino extendía su mantel. Entonces comíamos los platillos que José Antonio añoraba y que tanto Paulina como ella se dedicaban a cocinar para complacerlo.

Son tiempos bonitos que no olvido, a pesar de que mi relación con ellos tuvo momentos álgidos, porque tampoco eran fáciles y yo muy joven para comprender circunstancias que aún no me había tocado vivir, siempre he reconocido las cualidades buenas de sus padres. He entendido de adulta que es duro ver que de repente un hijo prefiera a una desconocida y nos lo haga sentir con todo desparpajo.

Querétaro 14 de agosto de 2020

Cuando tenía treinta treinta y tantos años leí esta anécdota que me impresionó. Me quedó para siempre. La atesoré en mi memoria para la vejez. Este sería el momento preciso, cuando tengo ochenta y la muerte ya es una amiga que me acompaña cerquita, que puede llegar en cualquier momento.

" Si a uno le regalan una magnífica caja de bombones, sería ridículo que se pusiese a llorar porque la caja es de un kilo y no de dos. Dado que la caja no puede ser infinita, si los bombones son buenos, al acabarse la caja no cabe más que la alegría de haberla gustado. Así yo, después de haber vivido una vida que ha tenido «sentido», tengo sólo la alegría de haberla vivido". José M. Díez-Alegría S.J. Yo creo en la esperanza.

Y emulando al autor de este libro pienso en este momento, que mi vida ha tenido "sentido" y copiandome de él "tengo sólo la alegría de haberla vivido". Me regalaron la caja de bombones de dos quilos y los bombones fueron buenos, si se están acabando no me debe entristecer, sino ser feliz porque los disfruté.

Soy muy pretenciosa al copiar textualmente sus palabras y atribuir las para mí, imagino que nunca la riqueza de mi vida ha podido ser como la de una persona que durante muchísima parte de su vida se entregó a los demás a través del sacerdocio. Pero igual que la entendí entonces, le veo sentido ahora.

Belisa, sé que la anécdota es buena para ti, que tienes una vida mística muy rica, la cual siempre he envidiado, incluso, ingenuamente he soñado ponerme a tu lado, para que me cubriera ese "paraguas de espiritualidad" y vivir mi existencia como tú. Pero hace años entendí que los caminos son diferentes, a cada uno nos toca coexistir con la fe que tenemos. Siempre has sido una persona especial, a través de la cual solicito mis pedidos al Dios del Amor, porque creo firmemente que con tu mediación me pueden ser concedidos.

Se gradúa el ingeniero

Días dichosos, los de su graduación, que no pudieron disfrutar sus padres. Tiempos antes ellos viajaron de manera repentina a España porque a su mamá le dio una descompensación cardiaca y debían hacerle

una cirugía. Su papá, que era español a ultranza, pensaba que los mejores galenos estaban en Madrid. Allí habían acudido para su intervención y en esos momentos estaban instalados en Tenerife dedicados a que ella se recuperara.

Vivimos fechas de inmensa felicidad. Mis padres pasaron días en Maracay para vivirlo con nosotros, pero en realidad fue para cuidarnos a las niñas. No querían que nos perdiéramos los festejos, los actos académicos y la fiesta de celebración. Fue en el Club de Maracay, bailamos con la memorable y rítmica música de la orquesta Billo's Caracas Boys, con el famoso solista José Luis Rodríguez, que más tarde sería El Puma. Tanto desear esa graduación y no tengo muchos recuerdos de esa fiesta.

Pasamos días dichosos con mis padres, para los que la alegría de que José Antonio culminara los estudios era tan grande como la nuestra. Presumían que nos iban a llegar mejores momentos, más tranquilos, con perspectivas económicas más favorecedoras.

La graduación verdadera unos meses más tarde fue en la hermosísima Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela en Caracas. Allí con toga y birrete le pusieron a José Antonio la medalla con cinta verde, color correspondiente al de su facultad, también le entregaron el título tan anhelado en papel pergamino. Fue una enorme graduación junto con muchas otras disciplinas. Asistimos de espectadores, mis padres, las niñas y yo. Sonia Cristina al rato de comenzar, como estaba dando sus primeros pasos, no podía quedarse tranquila y mis padres decidieron abandonar el Aula Magna e irse con ella a casa de la tía Carmen que vivía cerca, a esperar nuestra salida. Al terminar el acto ya fuera del famoso lugar, José Antonio me puso la medalla diciendo que yo también me la merecía, por el acompañamiento y paciencia en esos años. Yo sabía que era simbólico, él era el verdadero ganador, bien se lo merecía. Hay una foto que testimonia esto que estoy contando, Alianita pequeña me da la mano y nosotros dos sonreímos felices.

Fotos que duermen en otro país (Venezuela). Al hacer esta última aventura de migrantes en México las tuvimos que abandonar, allí duermen junto con el álbum de nuestro matrimonio en unas cajas, esperando que tengamos la suerte de recuperarlas en algún momento. Aunque sólo sea para admirar el famoso moño, que ningún sueño inquieto pudo estropear, que terminó adornado con el tocado de flores y tul que llevé el día de mi boda.

A la salida fuimos a casa de los yayos donde con un grupo de amigos íntimos celebramos esa graduación tan esperada, comimos cosas ricas, brindamos por el ingeniero y estuvimos hasta tarde pasando unos momentos de alegría y festejo. Todo muy familiar, como siempre fueron nuestras celebraciones.

En aquellos antiguos tiempos, cosa imposible de pensar en estos días, antes de la graduación oficial, le hicieron a José Antonio tres ofertas de trabajo, incluso vinieron a buscarlo a la casa. Una era de una enorme compañía que tenía cultivos en Maracay CATANA, Compañía Anónima Tabacalera Nacional, otra de la Universidad Agronómica de Maturín para dar clases, no recuerdo de qué, allí viajamos para conocerla y hablar con los que le hacían la proposición. José Antonio consideró que si daba clases sería más adelante, después de tener alguna experiencia. La tercera del MOP Ministerio de Obras Públicas, donde se efectuaban los proyectos pertenecientes a la Reforma Agraria, que estaba en su auge en esos momentos. Esta última era la que más le gustaba. A pesar de que la oferta de CATANA era muy prometedora para nosotros pues ya teníamos casa en Maracay. Pensamos con bastante sabiduría que eso no podía limitarlo, que decidiera en aquello que más le llamaba la atención y le atraía, estábamos jóvenes y podíamos darnos esa licencia. La vida entonces prometía ser larga. Las experiencias son lo que estimulan a la juventud.

El lugar de trabajo era en Barcelona, Estado Anzoátegui, cubría la zona de Cariaco donde se estaban asentando familias. Él trabajaría en los proyectos agrícolas. Ese fue su inicio de Ingeniero Agrónomo. A los dos

meses, tiempo en que tardó en salir su nombramiento, nos estábamos instalando en esa ciudad. Su oficina estaba en Las Garzas y nuestra primera vivienda fue en la Zona de Pozuelos.

Querétaro 16 de agosto de 2020

Hoy me desperté muy temprano cuando aún la penumbra danzaba por los cielos. Ya no pude conciliar el sueño, estos insomnios llegan de vez en cuando, no me quejo, no me sucede con mucha frecuencia. Es impresionante cómo se desvirtúa todo en la noche. En el silencio, en la oscuridad cualquier nimiedad se ve como un problema sin desenlace. Y cuando llega la luz mañanera desaparece también lo oscuro que se había mal entretejido entre las sábanas desordenadas.

Tengo suerte, José Antonio duerme bien, eso me favorece, me permite descansar. Esta enfermedad del olvido no siempre es así, a veces se ponen ansiosos, se angustian y le crean cansancio a los acompañantes.

Es irónico, yo que tanto lloré porque José Antonio trabajaba muchísimo, con agrado y siempre me parecía poca su compañía, ahora está conmigo en absoluto todo el tiempo, como una manera de burlarse de mí "aquí estoy, eso era lo que tú querías". Lo recibo con humildad Belisa, no me quejo. Tengo en mente un consejo, que me dio una amiga que su papá padeció de lo mismo, "son totalmente receptivos al amor". Se que es así, es la mejor receta.

Ha soñado varias veces, me impresiona como se despierta, alerta, con una cara aguda y enérgica, como la de otros tiempos. Él quiere seguir la ensoñación como si en esos momentos viviera con totalidad, con la luz que perdió, e insiste en que tiene que seguir con aquella actividad que tenía mientras dormía. Yo me desconcierto, me siento perdida, no deseo traerlo a la verdad. Entonces soy consciente en su totalidad de mi pérdida.

Despedida en el Callejón del Encantamiento

Estuvimos un corto tiempo en Caracas en casa de mis padres. Esto sucedía mientras esperaba el nombramiento del nuevo lugar de trabajo. Queríamos pasar unos días cerca de ellos. Había que hacer algún viaje a la nueva ciudad para ir preparando la vivienda. Efectuar la mudanza desde Maracay para llevar lo que habíamos acumulado en los años que llevamos juntos.

Durante este tiempo los amigos del Callejón del Encantamiento nos invitaron a una cena de despedida donde se celebraba la vida. La mejor manera de agasajar a unos amigos que se van a vivir a otro lugar.

Fuimos vestidos de fiesta, como lo ameritaba la ocasión. Allí nos esperaba una excelente comida china de festejo y de adiós. Aunque todos sabíamos que nos veríamos en el futuro e íbamos a regresar algún día, estábamos seguros que nunca sería igual, la convivencia íntima, diaria, con todos estos amigos llegaba a su fin. Estaban contentos por ver que lo habíamos logrado. José Antonio terminó sus estudios, comenzaba su vida profesional. Por supuesto eso también nos tenía felices a nosotros. El verlos juntos y contentos celebrando nuestros logros fue el mayor regalo. Igual que cuando llegamos los fuimos conociendo uno a uno y metiéndonos en sus vidas, en sus corazones, ahora nos íbamos. Por eso nos encontrábamos todos reunidos. José Antonio y yo estábamos llenos de nostalgia porque aquellos tiempos llegaban a su fin. Ellos seguían en ese fraterno lugar, nosotros desertábamos, teníamos deseos de aventura, de seguir conociendo. Vivir las cosas diferentes que nos fuera ofreciendo el destino.

Y así fue, disfrutamos de otras oportunidades. La amistad fue apareciendo por todos los sitios donde nos tocó vivir. Pero una experiencia igual como esa, un lugar tan lleno de vida intensa, de solidaridad, de amor fraterno, con tantos niños a nuestro alrededor, con piñatas, cenas familiares, encuentros por diferentes causas y nosotros

con miradas llenas de lozanía y agradecimiento, recibiendo tanta generosidad, eso fue difícil volverlo a vivir. Solo se podía dar de esa manera en el Callejón del Encantamiento.

Querétaro 18 de agosto de 2020

Así fue de linda esa despedida Belisa. Abandonamos Maracay, donde habíamos vivido tres años. Viajando hacia Caracas, esa noche, cerramos ese ciclo de nuestra vida, haciendo un inventario de todo lo que allí dejábamos, amigos magníficos, vida intensa, casa, universidad, trabajos y especialmente se quedaba algo difícil de explicar, el sentimiento que da esa inocencia de dos jóvenes que inician la vida en pareja y pronto tienen dos hijas pequeñas. Perdíamos el cariño y los privilegios que disfrutamos por enfrentar el peso de lo que significa mantener un hogar siendo estudiantes, todo eso terminaba ante el futuro profesional que comenzaba José Antonio. Luego estuvimos silenciosos y dando paso en nuestro interior a lo que estaba por venir. Fue un viaje de alegría triste.

Y cerrando este cuento, que ya tu lo conoces porque lo vivimos juntas me voy despidiendo. Te lo dedico como pago de la cantidad de veces en que solicité tus rezos por algo que me hacía sufrir y sabía con seguridad que Él siempre te escuchaba más a ti que a mi.

Y para no abandonar esa buena costumbre de saber que tengo una amiga que siempre ha sido mi intercesora ante el Dios del amor, solicito de nuevo tus rezos para que Él me dé el valor y la voluntad de insertarse, una vez más, donde me está tocando vivir. Esta tierra prodigiosa, México, donde vislumbro con claridad que dejaré mi último suspiro.

